

Reseña

Signos, Anuario de Humanidades*

Carlos Illades Aguiar**

El primer tomo de la edición de 1993 de *Signos* está dedicado a la historia. Aunque el orden en que aparecen los artículos es cronológico (del descubrimiento de América a la Independencia, siglo XIX y siglo XX) yo haré mi exposición dividiéndolos en dos grupos: los ensayos generales y los estudios monográficos. Dentro del primero incluyo los textos de Enrique Canudas, Lothar Knauth y Javier Mac Gregor. En el segundo incorporo los artículos de Martha Ortega, Carlos Herrero, Sonia Pérez Toledo, Antonio Santoyo, María del Rosario Pérez Castaño y Jan Patula.

El ensayo de Enrique Canudas es una reflexión general sobre tres temas bastante amplios: el descubrimiento, la Conquista y la colonización del territorio mesoamericano. Aunque de manera lateral, su texto se sitúa en el debate generado a raíz de la formación de una comisión gubernamental que organizaría los actos relativos al quingentésimo aniversario del descubrimiento de América. Que yo recuerde, dos palabras claves definieron el esfuerzo interpretativo de esa comisión: conmemoración y encuentro. Ambos térmi-

* *Signos*. Anuario de Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1993, año VII, tomo 1, ISBN 970-620-508-X.

** Profesor investigador del Departamento de Filosofía en el Área de Historia de la UAM-Iztapalapa.

nos, aunque claros en su significado, fueron elusivos en relación con el hecho histórico que pretendían definir. Aunque hablar de conmemoración —literalmente traer a la memoria— remitía a diversas formas de apropiarse del hecho histórico, no comprometía una opinión sobre el mismo. El término “encuentro”, a pesar de ser bastante amplio (puede haber encuentros en diversas formas y en muchos tonos posibles) fue el que le dio un significado particular al de conmemoración, porque fue usado, aunque de manera poco explícita, para suavizar el conflicto de la conquista. La comisión gubernamental se llamó finalmente “Comisión para el Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos”. A propósito de la comisión, recuerdo también el debate planteado por el doctor Edmundo O’Gorman, que se opuso a la interpretación oficial que subyacía en el propio nombre de la comisión y reiteró su vieja y original tesis de la “invención de América”. Confieso que no me gusta mucho el sesgo idealista de la interpretación del profesor O’Gorman, pero sin duda aprecio no sólo su enorme erudición sino su afán de discutir oportunamente los asuntos relevantes, aun si éstos son difíciles y problemáticos. A raíz de la polémica suscitada por sus cuestionamientos, él renunció a la Academia Mexicana de la Historia y la comisión desapareció discretamente. Después se integró una nueva que llevó el nombre de “Comisión del Quinto Centenario”. Evi-

dentemente, el conflicto histórico desaparecía si se le omitía en el título, dejaba de existir si no se le nombraba. Bueno, eso quizá no lo puedan explicar los filósofos.

El artículo de Enrique Canudas hace énfasis en el conflicto implícito en la conquista y colonización del espacio mesoamericano y lo enmarca en el contexto de la historia mundial. Ésta es el objeto de la obra realizada a lo largo de varias décadas por el profesor Lothar Knauth (distinguido por la UAM con el doctorado *honoris causa*) que en este número de *Signos* presenta una reflexión sobre la vigencia del Estado nacional y acerca de su posible utilidad para el siglo XXI, tema que, por lo demás, está en el centro de la historiografía europea de los últimos años, particularmente en la inglesa con los trabajos de Tom Nairn, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm. Lothar Knauth, después de señalar que los últimos doscientos años han sido los años del Estado nacional, cuya construcción se dio a la par que la Revolución Industrial, entendida ésta no como un proceso local, singular y de duración limitada, sino como un proceso general y prolongado, de alcance planetario. El autor destaca las posibilidades económicas que abrió esta nueva forma estatal que, al extender los vínculos contractuales en la sociedad civil, permitió la expansión de los negocios mercantiles y de las empresas ultramarinas. También apunta las posibilidades que para el sistema mundial futuro

presenta esta forma de articulación del cuerpo social. Al respecto sólo dos preguntas: ¿No hay de inicio un conflicto entre una forma de producción (potenciada enormemente con la Revolución Industrial) que tiende a la integración y a la globalización a escala mundial, que rebasó de origen a las fronteras nacionales, y una forma estatal acotada territorialmente? ¿No se expresa en la crisis actual una creciente pérdida de la soberanía popular (atributo del Estado nacional) en favor de entidades de alcance planetario que rebasan con mucho las estrechas fronteras nacionales y dominan a las comunidades unidas por el territorio, la lengua, la tradición y por la historia?

El trabajo del profesor Knauth explora la historia con ayuda de la teoría, centra su análisis en los procesos más que en las personas o en los hechos singulares, cosa en apariencia obvia pero que con el renacimiento de la historia narrativa en Europa, y cada vez con mayor presencia en México bajo su forma *light*, se tiende progresivamente a dejar de lado. La relación entre la teoría y la historia, sin embargo, constituye el eje temático del ensayo de Javier MacGregor, una suerte de arqueología de la teoría de la historia en México que muestra, contra lo que comúnmente se piensa, la existencia de una tradición teórica en la historiografía mexicana. Tradición poco explorada y menos asumida por muchos de nuestros investigadores y estudiosos del pasado.

La presencia rusa en América, hasta donde sé sólo documentada en México gracias a los trabajos de Martha Ortega, pertenece al grupo de trabajos de perfil monográfico. Martha Ortega la enfoca como un problema de historia mundial directamente ligado con la historia de los antiguos imperios. El artículo del profesor Carlos Herrero, el más flojo de todo el conjunto, intenta demostrar que la guerra de independencia tuvo un plan de acción.

Los estudios de población han cobrado de nueva cuenta interés y relevancia gracias a las investigaciones de Herbert Klein, Lourdes Márquez, Javier Pescador y Sonia Pérez Toledo, quien, en su contribución a este volumen de *Signos*, muestra que la población de la ciudad de México de la primera mitad del siglo XIX era bastante menor de la que han consignado diversos especialistas. Planteamiento que obligará a los historiadores del fenómeno urbano a revisar sus propias tesis y enfoques. Antonio Santoyo, por su parte, hace una revisión de cómo la prensa liberal decimonónica informó acerca de los indígenas y de la disyuntiva entre la integración o el exterminio. Disyuntiva que, sin resolverse, se presenta recurrentemente en la historia nacional.

Cierro mi comentario hablando brevemente de otros dos artículos. María del Rosario Pérez Castaño aborda el pensamiento del geógrafo, historiador y pensador anarquista francés Eliseo Reclus a través de su obra *El hombre*

y la tierra, escrita en 1905 y Jan Patula estudia a la Iglesia polaca desde finales de la década de los cuarenta hasta la caída del régimen encabezado por el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP). Aborda con sutileza el papel de la Iglesia católica como núcleo que articuló

a la oposición política, señala las contradicciones de la corporación religiosa y sus sucesivos pactos con los gobiernos en turno. A la vez que desmenuza las causas de estos fenómenos, destaca el papel de las organizaciones sociales en el derrumbe del régimen.